

~~Viernes - 30 Julio 1943~~

(-)

*podríamos llamarle Humberto,*  
3

El Charlatán y el Pingüino

Un Pingüino real, pequeño él y rechonchete, con un moño que le caía hasta los ojos, reinaba, balanceándose al andar, sobre un pueblo de individuos trabajadores y alegres. Nadie supo nunca, ni sabe hasta ahora, cómo pudo aquel Pingüino reinar sobre aquellos individuos, el más desgarbado de los cuales podía, con sólo darle un manotazo, apabullarle para siempre. Reinaba, sin embargo, y el pueblo lo soportaba, aunque a veces se reía de su figura y de sus arrestos de monarca.

El Pingüino, sin embargo, aunque enteco y farruto, no era feliz; tenía ambiciones. No le satisfacía ya reinar sobre tan pocos individuos y sobre tan pequeño pedazo de tierra; quería más súbditos y más tierras, aunque esos súbditos y esas tierras perteneciesen a otros y aunque fuesen de color los primeros y calurosas las últimas. Encerrado en su gran palacio -- le hubiera bastado una jaula -- el Pingüino veía languidecía.

CELICHO  
Centro de Estudios de Literatura Chilena

*podríamos llamarle Benito,*

Pero un día apareció alguien por allí: un Charlatán, un magnífico Charlatán, robusto, ventruado, de gran nariz, que dijo al Pingüino:

--¿Qué quieres? ¿Tierras? ¿Súbditos? Yo te los daré. Dame poder y te haré emperador.

El Pingüino batió las alas, cloqueó y dijo:

--Haz lo que quieras.

En pocos días, y gracias a sus dotes, el Charlatán había conquistado al pueblo: le ofreció, a cambio de cosas abstractas que el pueblo parecía no estimar -- como la libertad, por ejemplo, que no se ve, se come o se bebe -- tierras, nuevas y amplias tierras, y dominio sobre seres inferiores que trabajarían para ellos. Formarían así un pueblo respetado y temido, el pueblo digno del Pingüino emperador.

creyendo al Charlatán.

--Haz lo que quieras -- gritó el pueblo, ~~mucho más satisfecho que cuando le ofrecían~~

--Seguidme, entonces; avanti.

En un principio todo le salió bien al Charlatán; conquistó tierras y súbditos y llegó un momento en que pudo colocar a los pies del Pingüino una

3  
corona hecha de ébano y de sangre, corona que el Pingüino se caló hasta el pescuezo y con la cual se paseó, cloqueando, por los corredores de su palacio:

--¡ Ave Pingüino imperator!

Pero la estrella de los charlatanes no es eterna y llegó un día en que el edificio levantado por él se derrumbó estrepitosamente: el Pingüino perdió su corona de ébano y de sangre y el pueblo se dió cuenta de que, a pesar de las promesas, él seguía trabajando y sufriendo. Despidieron entonces al Charlatán, al cual echaron la culpa de todo, y se quedaron como antes: unos trabajando y sufriendo, y el otro, reinando. Nadie sabe qué se hizo del Charlatán.

Moraleja: cuando oigas hablar de charlatanes o de pingüinos ambiciosos, acuérdate de que la leña no existe inútilmente en el mundo.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

~~Manuel Rojas~~

1943